



Dátrebi

Pedro Andreu

frida
ediciones
novela

Índice de contenido

[Necroletos](#)

[La primera novela de Nathan Barr](#)

[La huida \(BSO\)](#)

[Jaula abierta](#)

[Aclaraciones](#)

[Agradecimientos](#)

Dátrebil

Pedro Andreu

TEXTOS: PEDRO ANDREU
DISEÑO Y PORTADA: ELISA ANCORI (@ELISAANCORI)
FOTOGRAFÍA: LAURA PERNÍA CUÉ
MAQUETACIÓN Y CORRECCIÓN: PAPIROPLUS MARKETING Y COMUNICACIÓN
@EDICIÓN: FRIDA EDICIONES
ISBN: 978-84-946739-9-3



"Lo esencial es la emoción. La escritura tiene que estar viva, y aunque no sé cómo explicarlo, se trata de algo muy sencillo: desde los griegos, la buena literatura te hace sentir un nudo en la boca del estómago. Lo demás no sirve para nada".

FOSTER WALLACE

"Aquellos años en que el mundo éramos nosotros y la vida nuestra forma de bailar".

NATHAN BARR

"Lléname los ojos de asombro, vive como si fueras a morir en los próximos diez segundos. Observa el universo".

RAY BRADBURY

NECROLECTOS

Necrolecto. (Del griego: nekros [cadáver] y lexis [lenguaje]). m. 1. Tono monocorde y gutural en el que hablan los muertos. // 2. Lenguaje de los muertos.

1.

Estaban todos ahí, en la azotea, colgados con ganchos de carnicero a los cables de acero. Los enganchaban por las axilas, algunos por la nuca, otros bocabajo por las plantas de los pies. Como si fueran terneras. La sangre coagulada en las baldosas reflejaba un mundo distorsionado de antenas y nubes rojas. Entre los cuerpos, tras la cornisa, se adivinaba el vértigo sucio de Puerto Jericó: la bahía, que esplendía ciega en el atardecer. Era fácil pensar desde allí que el mundo se parecía a un caleidoscopio de escamas de cristal, a un insecto de alas iridiscentes y líquidas. Las tubas de algunos buques amarrados en el dique resonaban una y otra vez con tristeza marítima, lejana, cuando cerré la puerta metálica del terrado tras de mí. Después abrí el maletín de cuero desgastado, extraje unos guantes de látex, una mascarilla, diversas herramientas y un cuchillo ancho. Me acerqué a un muerto cualquiera de la primera fila cuyo cuerpo desnudo se balanceaba helado bajo la atmósfera de enero. Era el cadáver de una mujer rubia de unos treinta años que en vida debió de ser muy atractiva. Su cabellera semejaba una hoguera apagada sobre sus hombros pálidos. Su boca, una pequeña herida en medio del rostro. Admiré su belleza, le acaricié la mejilla. Luego apoyé el cuchillo, la punta del cuchillo, contra el plexo solar. Empujé hasta hacerlo penetrar en la carne y que solo asomara la empuñadura. Acto seguido deslicé la hoja hacia el ombligo hasta chocar con los huesos del pubis. La carne se abrió como un libro purulento y, confundido entre intestinos, vísceras y sangre, cayó un nudo mojado de frases. Se desparramaron desordenadas a mis pies. El hedor me

abofeteó de inmediato, aunque me complací pensando que en verano era mucho peor. Me aproximé al siguiente cuerpo a mi izquierda y repetí la operación. Abrí a mujeres y hombres en canal uno tras otro, fila tras fila, hasta dejar la azotea perdida de charcos de palabras que iban pudriéndose, palpitando como recién nacidas, retorciéndose igual que serpientes. La pestilencia era insoportable, pero ya estaba acostumbrado a ella. Tan solo me había mareado o había vomitado durante las primeras semanas en el oficio; otros tardaban meses o incluso años en acostumbrarse. Aquellas masas de discurso que se extraían de los muertos siempre me habían atraído. Estaban a medio camino entre el testimonio personal y la literatura, que era una de mis pasiones desde niño. No llegué nunca a ser escritor profesional, pero al menos las tenía a ellas. La gente las llamaba de mil formas distintas: letratripas, despedidas, viscerarios, palabreras, lenguas cadáver, testamentos... aunque el término técnico era necrolectos y en nuestra jerga profesional las llamábamos inventarios. En lo que no había discusión era en la necesidad de extraerlos de la carne antes de enterrar a los difuntos, si no, se acumulaban gases que acababan haciendo estallar sus vientres de manera violenta.

Todavía jadeaba tras el esfuerzo de abrir en canal cuarenta y siete cadáveres. Desde que empezó la crisis se habían triplicado los homicidios, quintuplicado los suicidios y duplicado las muertes por enfermedades graves por falta de asistencia médica. Así que normalmente me tocaba hacer horas extra. Me apoyé sobre mis rodillas para recuperar el aliento. Un nombre de mujer agonizaba en el suelo junto a mis pies como un pez sacado del agua. Lo atrapé con la mano izquierda sin prestarle demasiada atención. Me alcé de nuevo y me apoyé en la baranda. Le rebané cada sílaba de manera inconsciente mientras contemplaba el puzle de edificios que conformaban la ciudad. Las gaviotas

sobrevolaban el ático, atraídas por la carroña que vertía de los fallecidos, pero la malla metálica, que a manera de jaula cubría la azotea-matadero, las mantenía alejadas.

Tras descansar unos pocos minutos, confirmé en el parte del día que ningún familiar había reclamado los necrolectos de aquella remesa de muertos, por lo que estaba de suerte y terminaría antes incluso de que anocheciera. No tendría que separar las frases mojadas de la maraña de intestinos gruesos y delgados, ni desinfectar los viscerarios, ni catalogarlos, ni embalsamarlos en los recipientes de cristal, ni etiquetarlos. De todas formas me entretuve rebuscando entre el basural de aparatos digestivos e inventarios. Descubrí una historia bastante interesante entre la partida de aquella tarde. Pensé que me darían unos cuantos billetes por ella en el mercado negro, así que la guardé en un saco de tela basta que aparté a un costado. Las palabras pesaban lo suyo.

Después hice como siempre: barrí con un cepillo de cerdas rudas toda la carnaza, amontonándola en una de las esquinas, la rocié con queroseno y la prendí fuego. Desincrusté la sangre del suelo con una manguera a presión y rasqué de nuevo con el cepillo y litros de desinfectante cada palmo de terraza. Limpié las herramientas que había utilizado y las coloqué en el maletín de cuero. Al terminar me sentía vacío y cansado. Me quité los guantes y los lancé a las vísceras que todavía ardían en una pira. Saqué un cigarro de mi chaqueta y lo encendí. Solía fumar tras terminar la jornada, apoyado en la red metálica y con la mirada perdida. Luego tiré la colilla al suelo y la pisé, agarré la maleta de herramientas y el saco de tela con el necrolecto que había salvado de las llamas. Mañana por la tarde empezaría de nuevo mi jornada. Otros retirarían más tarde los restos de carne quemada y los cuerpos para incinerarlos al día siguiente en los crematorios del puerto o enterrarlos en los cementerios del extrarradio; después

tenderían a secar nuevos cadáveres. Ahora me quedaba cruzar media ciudad con mi maletín y un saco cargado de palabras a la espalda para llegar a casa. Debía de pesar cerca de siete kilos. Cerré la puerta tras de mí con dos vueltas de llave, encendí la luz y descendí una planta por la escalera hasta el ascensor del ático.

2.

(NOR-A257895-BTS) Te llamabas Samuel Millington. Trabajabas como ingeniero en una plataforma petrolífera frente a las costas de Noruega. Tenías cuarenta y cinco años, un ligero acento extranjero al hablar y unos ojos azules que el cielo bajo, pastoso, de aquellas latitudes teñía de un frágil color gris. Hacía ya tres días que habías regresado a vuestra casa en Oslo tras siete meses rodeado de mar, soledad industrial y gaviotas.

Colgaste el teléfono. Diste diez pasos ciegos. Te derrumbaste en el sillón verde donde solías leer. Eran las cinco en punto de la tarde. Ya siempre serían las cinco en punto de la tarde, y una ansiedad dolorosa, amarilla, cubrió las estancias vacías y quietas, como una marea. No verías nunca más a tu mujer ni a tu hija de diecisiete años. Acababan de comunicártelo a través del teléfono. Era la embajada de algún país del sudeste asiático que no olvidarías jamás. Ellas estaban hospedadas en un hotel de lujo frente a playas de arena blanca. Debían regresar el día siguiente.

—Un tsunami —te había informado una voz circunspecta.

No hizo falta escuchar más. Colgaste. Te tambaleaste diez pasos eternos hasta el sillón verde.

Te llamabas Samuel. Samuel Millington. Tenías un buen puesto de trabajo. Una buena mujer. Una hija de diecisiete años. Eras feliz con tu vida pero, tras siete horas reflexionando a solas con la nada, decidiste quitártela. Tardaron cuatro días en darse cuenta. Te encontró la señora de la limpieza.

—Su mujer se la pegaba con otro. Iba a abandonarlo por su amante. Ella y su hija estaban con el tipo cuando el tsunami. Pero Samuel no lo sabía. Pobre diablo... —declaró a los periodistas.

3.

Mi casa era un ático reformado, amplio y desangelado, que había alquilado en un barrio céntrico de la ciudad: un cuarto de baño, una cocina con barra americana que daba a una terraza soleada, un salón demasiado desnudo para sus dimensiones —apenas un sofá, una mesa, cuatro sillas y libros apilados en el suelo contra una de las paredes— con una escalera de caracol que daba al altillo, donde se encontraba mi habitación y un pequeño cuarto que utilizaba de estudio. Todo tan ordenado y limpio. Casi como si allí no viviera nadie. Era mi manera de salvarme de la locura. En un mundo en desorden precisaba de un refugio donde cada cosa estuviera colocada meticulosamente en su sitio. Cualquiera se hubiera extrañado de mi conducta obsesiva, pero no me importaba, nunca recibía visitas. Aquel ático era mío. Solo mío. Mi pequeño paraíso artificial.

El oficio de necrolector no era demasiado complicado, pero sí bastante duro. No gozaba de mucha popularidad entre la gente. A pesar de ello, aunque el hedor de la cadaverina se me quedara impregnado en la piel y la ropa y fuera tan difícil sacárselo de encima, no me disgustaba mi trabajo. Disfrutaba abriendo cuerpos muertos, leyendo las palabras que nacían de la muerte. No me importaba que la gente me evitase, vivir sin amigos ni parejas más o menos estables. El mundo resultaba más sencillo si uno no se implicaba demasiado en nada ni con nadie. Disfrutaba de mis lecturas, de mi soledad. Me gustaba perder las horas libres transcribiendo en mi portátil, o literaturizando, algunos de los inventarios de muertos que me caían en las manos: (NOR-A257895-BTS), (FR-D428137-JTN), etc. Disfrutaba

duchándome una y otra vez hasta que se me dormían las manos, escuchando música en el salón, masturbándome compulsivamente... Tantos años abriendo cuerpos me habían ido apartando del mundo imperceptiblemente hasta que la vida era ya apenas una dulce molestia entre los músculos que no me podía quemar.

Aquella noche, al llegar a casa, hice como siempre. Me desnudé y me di una ducha caliente. Puse el mono de trabajo a lavar. Luego salí a la terraza a fumar un cigarro. Daba vértigo contemplar la calle desde aquella altura: los coches avanzaban en riadas de luz roja, los carteles luminosos palpitaban entre las calles como un corazón artificial, el rumor de los barrios imitaba la respiración de un monstruo inabarcable.

Apagué el rubio americano y me dirigí al salón: un espacio diáfano, de techos altos y suelo de cemento pulido; un salón en el que resaltaba la ausencia de un televisor. Puse un jazz caliente y ácido en el equipo de música y subí al estudio abuhardillado del altillo. En la parte donde el techado era más bajo, había una mesa repleta de papeles escrupulosamente amontonados en tres o cuatro mazos, un ordenador portátil y un cenicero sin colillas. La pared de la izquierda estaba cubierta por estantes colmados de libros, ordenados por autores, épocas y géneros. Contra la de la derecha, se apilaban unas cuantas cubas de cristal de distintos tamaños que contenían los necrolectos que a veces robaba de la azotea y que después vendía de estraperlo. Las palabreras se conservaban durante semanas o incluso meses si se sumergía su carne en una mezcla de formol y desinfectantes caseros. Si se tenía acceso a materiales profesionales, se podía alargar su existencia durante años o décadas antes de que se deterioraran y terminaran pudriéndose. Pero a mí me bastaba con productos más baratos: diez o doce días era tiempo más que suficiente para darles salida. Algunos de aquellos

inventarios llegaban a alcanzar precios desorbitados en el submundo de los contrabandistas, sobre todo los de personajes famosos, psicópatas o las auténticas rarezas; pero yo no había tenido la suerte de encontrarme con uno de aquellos tesoros. Quienes compraban inventarios eran de lo más variado, dependiendo del material que se vendiese y de su precio: coleccionistas de familias acaudaladas, psiquiatras, neurolingüistas, estudiantes, novelistas, poetas, logófagos, jubilados aburridos, lectores morbosos, curanderos, teólogos en busca de Dios, parasicólogos, rateros de poca monta que revendían la mercancía en los grandes hipermercados ilegales del extrarradio... Mis clientes, por regla general, eran estos últimos, pues el material que llegaba a mis manos no era particularmente especial y no interesaba a tipos más serios.

Antes de venderlos, copiaba en mi ordenador los inventarios que más me llamaban la atención. Me gustaba coleccionarlos. Algunos los ficcionaba. Creo que por entonces debía de guardar cerca de setenta. Normalmente los inventarios eran una sucesión extraña de palabras inconexas o frases sin sentido, ejemplos de no textos, pero a veces, al rajar un cadáver, aparecía una narración más elaborada.

Siempre me había preguntado por qué casi invariablemente estaban escritas en segunda persona del singular. Pero nunca obtuve una respuesta definitiva. Quizás fuera por pura estética, o por desapego de uno mismo una vez muerto. O por empatía hacia el otro. Neurólogos, filólogos, sociólogos, psiquiatras y demás especialistas no se ponían de acuerdo a pesar de existir innumerables libros que trataban el tema. Que los inventarios utilizaran normalmente la segunda persona del singular para expresarse era un misterio que continuaba sin resolverse. Como tantos otros en este mundo. A muchos chomskianos les parecía la prueba definitiva de la existencia de una

gramática universal, regida por unos principios comunes a todas las lenguas que después se parametrizaban de una manera concreta en cada idioma existente.

4.

(HUN-T579246-PNG) Tenías sesenta y ocho años cuando todo terminó. Durante los tres últimos viviste en condiciones miserables en un establo con goteras. Tu propia hija te había vendido como esclavo a una familia de campesinos para pagar con el dinero un pasaje a España donde intentar una vida mejor. No le guardabas rencor. La vida rural en Hungría era difícil. El hambre y la desesperación a veces transformaban a las personas en monstruos. Trabajaste luna tras luna para aquellos labriegos a cambio de un plato de comida diario. Casi nunca te pegaron. Ahora que los parroquianos del pueblo más cercano habían denunciado la situación y las autoridades acudieron a impartir justicia, no sabías qué coño hacer de ti. La libertad era una cárcel peor. No había trabajo en la ciudad para alguien de tu edad. Tu hija ya no vivía en Hungría ni querías volver a verla nunca. Habías perdido las ganas de hablar y dormías entre cartones. No todas las jornadas conseguías algo de comer. El mundo era tan joven que ya no lo conocías; que ya no te conocía. Preferiste acercarte una noche al puente del oeste a contemplar por última vez las estrellas heladas.

—Puerca vida —dijiste antes de saltar.

5.

Introduje las palabras en los líquidos preservadores de la cuba. La tapé con cuidado. Era la lengua cadáver de un anciano húngaro que había adquirido en el mercado negro para revenderla a una extranjera que probablemente fuera su hija. No me fue fácil conseguirla, pero tenía mis contactos y aquella mujer estaba dispuesta a pagarme un buen fajo de billetes a cambio: cinco veces más de lo que era habitual. Tres meses de cruzar mails con otros azoteas que tenían conocidos en el extranjero habían merecido la pena.

Recuerdo que me dirigía al baño a lavarme las manos cuando sonó el teléfono. Era Jan Vavrusa. Solo masculló un nombre: Alfredo. Luego dijo que me esperaba en el Musa Jazz dentro de una hora, y colgó. El pasado me descargó un puñetazo en la cara.

Con aquella llamada se me quitó el hambre. Desde mediados de los noventa apenas me había cruzado con Jan un par de veces. Jamás en la vida me había llamado por teléfono a casa. No sabía cómo debió de conseguir mi número. Me serví una copa para templar los nervios. Salí a la terraza. El mundo, allá afuera, de repente quemaba. Pegué un trago al gintónico. Luego lancé el vaso de tubo contra la noche de cristal y sentí ganas de gritar. Jan me devolvió a mis veinte años, cuando la vida era una tipa arisca y drogada a la que había que atar todas las noches a la cama. Y darle más. Y más. Y más.

6.

A Jan Vavrusa lo había conocido quince años atrás, mucho antes de empezar a trabajar abriendo fiambres. Yo acababa de dejar la facultad de letras, harto de una universidad mediocre llena de estudiantes cretinos y profesores desencantados. Las penurias económicas eran por entonces mi día a día. Me ganaba la vida a duras penas en el puerto descargando mercancías de cargueros rancios que llegaban de países del norte de Europa. No había trabajo todos los días. Me acercaba al dique aún de madrugada y esperaba a que los capataces me eligieran de entre todos los hombres que aguardaban en las dársenas. Si había suerte, trabajaba doce o catorce horas seguidas por un miserable sueldo con el que tiraba adelante otra semana. A veces había que regresar a casa con las manos y el estómago vacíos, y la rabia extendía sus rizomas en mi interior.

A Jan creo que me lo crucé por primera vez en aquel verano de noches amarillas y pegajosas de mil novecientos noventa y cuatro. Por entonces yo malvivía en una planta baja del barrio pesquero, en un cuchitril húmedo y oscuro, con cuatro o cinco estudiantes más. Desde la ventana que daba a la plaza, podía adivinar unas pocas estrellas sucias tras la cortina de polución que cubría la ciudad. Recuerdo que aquella noche me costaba dormir y los vuelos picados de los mosquitos me tenían harto. Así que me incorporé de la cama, me enfundé unos bermudas gastados, una camisa hortera a la que faltaban botones, me calcé unas sandalias y salí a las calles a caminar sin rumbo para ver si me cansaba.

Mis pasos insomnes me arrastraron hasta el puerto y sus

callejuelas góticas, donde otros sonámbulos y crápulas tomaban copas frente a las puertas de distintos antros. Junto al Musa Jazz descubrí a un músico callejero con aspecto de alcohólico que tocaba un saxo como quien pone sus dedos sobre la piel perfumada de una prostituta. La música parecía brotar del instrumento en llamaradas azules. Un grupo de personas rodeaba al músico, que permanecía ajeno a ellas. Bailaba con su saxo hasta fundirse en la noche. Me dejé emborrachar por aquella melodía abrupta, de una tristeza salvaje y al tiempo virginal. Las notas parecían gemidos de buques fantasmas, trolebuses cruzando bulevares de palmeras como un escalofrío, perros ladrando en callejones sucios, mujeres arrojándose al vacío desde los rascacielos, muchedumbres bajando y subiendo las escaleras de los subterráneos, monedas golpeando una mesa... El saxofón le quemaba a aquel hombre en las manos como el cuerpo de un ángel obscuro. Recuerdo que pensé que escucharle se parecía a cruzar el infierno en taxi.

Cuando el tipo dejó de tocar, la gente se fue dispersando calle abajo y calle arriba hacia distintos bares. Algunos dejaron caer unas monedas en el estuche abierto del instrumento. Mientras el músico recogía, me acerqué y nos pusimos a hablar. Me dijo que se llamaba Jan, Jan Vavrusa, que no sabía cómo había terminado aquí, en Puerto Jericó, tan lejos de su país.

—Vamos, te invito a una copa —le ofrecí.

Tomamos vinos de tugurio en tugurio hasta casi el amanecer, cuando se nos fundió la pasta. Nos reíamos de nosotros mismos y lloramos al mundo y a antiguas mujeres que no habíamos podido olvidar. A pesar de la diferencia de edad, parecíamos amigos de siempre.

—Vente conmigo al Albatros y seguiremos el pedo —pidió Jan cuando ya nos despedíamos frente a la lonja de pescadores, mientras algunas gaviotas se desperezaban en los malecones. Acepté el ofrecimiento.

El Albatros resultó ser un sucio buque mercante abandonado en una de las dársenas del dique del Oeste. Allí malvivía Jan junto a una cuadrilla heterogénea y golfa de proscritos: músicos callejeros, como él, poetas malditos, rateros de poca monta, camellos argelinos, obreros en paro, novelistas que nunca habían escrito una novela, boxeadores acabados, matones alemanes, pintores que no tenían dinero para lienzos, bailarinas alcoholizadas y jovencitas sin demasiados escrúpulos que traficaban con sus cuerpos. La mayoría eran extranjeros, sobre todo gentes de Europa del Este o Centro Europa. Las autoridades parecían hacer la vista gorda y bastaba con que untaran un poco a la guardia portuaria cada semana para que les dejaran en paz.

Recuerdo con nostalgia aquella primera visita al Albatros: la frágil escalera que había que subir para llegar a la borda, el hedor de la basura acumulada, los camarotes de paredes oxidadas, las ratas del tamaño de gatos, aquella rubia despeinada que después de chupármela se puso a llorar como una niña y a la que no supe consolar porque no hablaba mi idioma. También recuerdo lo que Jan me había dicho al despedirnos en la borda bajo un sol de justicia horas más tarde:

—Mejor no vuelvas. No hagas como nosotros. En este barco no hay mañana ni pasado mañana. Cuídate, chaval.

Pese a su advertencia, durante los dos siguientes años, visité con frecuencia el buque abandonado y a Jan Vavrusa, que era casi treinta años mayor que yo. Solíamos encontrarnos en el Musa Jazz, un lugar oscuro y caliente, la guarida de todos los indeseables de aquella ciudad. Pero al menos había buena música en directo y la cerveza era barata. Cuando llegaba al local, Jan ya estaba montando guardia en la barra, rodeado de botellines vacíos. Si Jan había sacado algo de pasta aquella noche tocando en la calle, pronto pasábamos a la ginebra. Y así, ya mecidos por una nube de alcohol, solía encontrarnos Alfredo, el amigo

africano de Jan, quien también era músico: percusionista.

Alfredo era un negro descomunal, de voz grave y gestos hiperbólicos, violentos. Su español era rudo, con un marcado acento africano.

—En Guinea Ecuatorial tenía mujer —nos confesó de repente una madrugada—. Estaba embarazada. El dictador Macías Nguema nos independizó de España. Pero los músicos no le hacíamos gracia. Demasiada gente no le hacía gracia: encarceló o mandó asesinar a más de cien mil personas en aquellos años. Vinieron a por nosotros. Una noche. Yo conseguí escapar, cruzar la frontera. Mi mujer no. Estaba embarazada.

Tras las palabras de Alfredo, se acabaron por un rato las risas. Jan le palmeó al enorme negro con cariño la espalda.

Seguimos tomando ginebra hasta que terminó el concierto y el antro se fue vaciando de clientela. El camarero nos echó casi al alba, cuando se puso a recoger los taburetes y se armó con una escoba. Salimos a la calle abrazados como piratas y cantando canciones de borracho. El puerto amanecía como una balsa de aceite. Un buque que atracaba hizo sonar sus tubas y el sonido, espeso y lento, fue tomando la ciudad de luz de harina. Nos despedimos frente al Albatros. Yo no quise subir. Desperté a la tarde en mi cama. La resaca me golpeaba a martillazos por dentro del cráneo.

7.

En los últimos tiempos Jan Vavrusa y yo nos habíamos visto poco. Habían transcurrido casi quince años desde aquel verano en que nos conocimos. Y ahora había recibido su llamada. Alfredo, tan solo me había dicho. Y tuve que ir a buscarlo al Musa Jazz.

En cuanto lo vi, pude darme cuenta de que Jan seguía alcoholizado, en edad de jubilarse, y que se había enganchado también a la farlopa. Lo vi más flaco. Parecía una marioneta escasa en las manos de un loco. Estaba como lo recordaba siempre, acodado en la barra del Musa Jazz, rodeado de botellines. Pero esta vez sin Alfredo. Cuando Jan reparó en mí, hizo una mueca que quería ser una sonrisa.

—Al final me hiciste caso, cabrón —dijo—. Te alejaste del infierno. Nos dejaste en el Albatros.

No contesté. Solo apoyé un brazo por detrás de su espalda y pedí dos London nº 1 con tónica azul.

—Esta vez invito yo —le informé.

Luego nos quedamos largo rato en silencio.

—Jodido negro —masculló al fin Jan—... No cabía en la camilla de la ambulancia. Tendrías que haberlo visto: una montaña negra. Olía a selva, tío. Por estas..., olía a selva. Olía como un mono empapado de llorar. ¡Cabrón! Era mi único amigo... y el muy hijo puta se nos puso a oler a selva. Jodido Alfredo...

Aquello fue lo último que Jan me dijo. Luego se derrumbó sobre la barra. Fue la única vez en que le vi llorar. Mientras lloraba parecía un niño con cara de viejo. Me levanté del

taburete, le revolví el cabello a mi viejo camarada de farras y lo agarré del brazo. Lo saqué a la noche y a las calles tras dejar un billete junto a las copas. Lo arrastré hasta el Albatros como pude y preparé un par de rayas con la cocaína que Jan me tendió. Aquello espabiló un poco al músico, pero continuaba sin hablar, ensimismado. Luego cogió su saxofón. Salió a cubierta. Y la belleza fue, a pesar del mundo.

Me estremecí. La realidad era casi una postal gótica: la luna oxidada sobre el muelle, la silueta de Jan contra la ciudad, haciéndole el amor a la noche con su saxo. Era un genio perdido y destrozado por sus vicios. Envenenado de soledad.

La música pobló de tristezas la bahía.

La ciudad temblaba como una criatura inocente a la que hubiera picado un escorpión letal.

8.

Un camarote cualquiera del Albatros. Ropa revuelta por el suelo. Una guitarra descordada apoyada en pilas de libros de distintos colores y tamaños. Diferentes instrumentos de percusión. Una botella de ginebra volcada. La cama sin hacer. Un retazo de dique entrevisto desde el ojo de buey. Y Alfredo con el cuello roto. Balanceándose. Ahorcado con su propio cinturón. Negro y desnudo como una noche de carne. Ojos abiertos. Inexpresivos como cosas. El miembro inerte y crudo entre las piernas. Una lengua azul de trapo. Cuatro minutos había durado su agonía. Después la nada. El silencio perfecto. Apenas el tímido eco de haber sido.

Cuando Jan lo encontró, llevaba horas sin vida.

Me dijo que el camarote apestaba a animal.

—Hedía como una puta choza en África —dijo.

9.

Me desperté muy tarde y con resaca. Comí cualquier cosa, tomé café, me afeité, me pegué una ducha interminable y al fin partí a la azotea donde trabajaba. Ya anocheecía. Al entrar en el edificio, me saludó la portera. Me limité a contestarle con un gesto de mi cabeza antes de entrar en el ascensor reservado para los trabajadores de mi empresa. No podía quitarme de la cabeza a Jan, su tristeza, la ausencia tan nítida de Alfredo enrojeciendo sus ojos. Cuando abrí la puerta del terrado, todas mis preocupaciones se esfumaron de golpe ante lo que descubrí.

Los cadáveres tendidos de los cables de acero estaban descuartizados. Docenas de palabreras se hallaban desparramadas por el suelo. Olía a vísceras y podredumbre. Primero pensé que se trataba de ladrones o yonquis que habían saqueado a los difuntos para vender en el mercado negro la mercancía robada, pero enseguida me di cuenta de que no era así. Una muchacha de apariencia frágil, muy pálida de piel, cubierta de sangre, con la mirada enajenada, respiraba con violencia animal. Su aliento formaba remolinos de vapor junto a su boca de pintalabios rojo como una bofetada. Era invierno y ella estaba de pie sobre la cornisa húmeda. La red metálica del terrado rajada frente a ella. Empuñaba un machete de carnicero en su mano izquierda. Sin duda era la culpable de aquel pantano de sangre y miembros amputados. Parecía trastornada, una paciente fugada de un psiquiátrico. Se la veía tan desvalida y ausente que creí que se iba a romper en cualquier momento; hermosa y delicada como una orquídea de cristal fino.

Avancé con precaución, apartando a un lado los cuerpos colgados, hasta llegar a apenas dos metros de ella. La muchacha dejó caer el arma de su mano. Estaba temblando. Se volvió de espaldas a mí y se dispuso a saltar al vacío.

—¡Espera...! —grité.

Ella se quedó inmóvil en el murete, aunque no se volvió a mirarme. Era un espantapájaros entre los terrados de la ciudad. Unas gaviotas chillaban sobre nuestras cabezas. Me acordé de Alicia, mi primera relación seria, de cómo saltó desde un balcón para quitarse la vida años atrás.

—Tranquila. No hagas ninguna tontería —le dije a la muchacha con voz que trataba de ser suave—. No sé qué coño ha pasado aquí, pero todo tiene arreglo. Dame la mano. Venga. No pasa nada. Solo quiero ayudarte. Si bajas de ahí te invito a cenar donde quieras...

Ella se giró. Me miraba sin verme. Temblaba como el invierno. Parecía enferma. Se mordía los escuálidos dedos de la mano izquierda en un gesto inconsciente. Sus labios manchados de pintalabios y sangre me conmovieron, me quemaban las córneas de belleza. Asomaban nítidos bajo la capucha de su chándal rojo, como la nube de odio que se desprendía de sus ojos rasgados, enormes, de un verde helado. Su piel semejaba porcelana. Le tendí una mano y ella, inexpresiva, me la cogió. Tiré de la muchacha hacia mí con fuerza, obligándola a bajar de la cornisa. La muchacha se escondió en mi abrazo y se apretó contra mi pecho. Se revolvía en pequeñas convulsiones, en un llanto sin lágrimas. Nos dejamos caer al suelo.

—No pasa nada. Ya está. Olvídalo. No pasa nada. Ya fue.

Estuvimos durante minutos abrazados en silencio. Hasta que ella dejó de estremecerse. Entonces sonó su móvil y la joven descolgó. La escuché hablar unas pocas frases en una lengua que parecía eslava; probablemente ruso, pensé.

—Me voy —dijo la chica recomponiéndose. Su voz era

áspera y sonaba tan débil como una confidencia. Hablaba despacio, con un leve acento extranjero que resultaba sensual.

—¿Me quieres decir qué pasa? —le pregunté mientras nos levantábamos del suelo.

—Lo siento. No quería meterte en problemas...

—Joder, menos mal... ¿Cómo mierdas has abierto la puerta?

La muchacha sorbió mocos:

—La cerradura era de juguete.

Yo pensé que era su boca la que parecía un juguete. Y al pensarlo me sentí incómodo, no quería más problemas, así que aparté de ella mi mirada.

—¿Ni siquiera vas a decirme cómo te llamas? A ver qué le cuento yo al supervisor...

—Lo siento. Es complicado —la muchacha suspiró antes de proseguir—. Pero gracias por esto...

—Córmac. Me llamo Córmac.

—Gracias, Córmac. Y por el abrazo. Lo necesitaba.

—¿Seguro que estás bien? ¿No quieres que te acompañe? En serio, si necesitas hablar...

—No, paso. Estoy mejor. Me he de ir. Olvida todo esto.

—Como tú has dicho: complicado. Lo de hace un rato... Ibas a saltar, hostias...

La muchacha apartó su mirada y se dirigió cansada hacia la puerta de entrada al edificio. Antes de atravesarla se giró hacia a mí y me dijo:

—Me debes una cena, no lo olvides. Lo dijiste antes.

Ambos sonreímos a medias. Su sonrisa era artificial, forzada. Parecía la sonrisa impostada de una muñeca. No me enteraría hasta mucho más tarde de que pocas horas antes esa muchacha había sido violada en un apartamento

del ático y que su vida era el peor de los infiernos.